

No hay cabida para la libertad, donde la razón es desterrada por los estrujones de la demencia y los puntapiés de la hipocresía.

* * *

Y, mientras el demagogo reinaba, las manadas eran pasto de los lobos clericales, que desde los púlpitos afianzaban el dominio de su hombre, por que bajo su poncho de montonero endémico, la carabana clerical podía gozar en la noche insondable de esas almas.

La ola fangosa derramada de parroquias y conventos se unía a la avalancha de frailes expulsados que llegaban del viejo mundo, invadiéndolo todo, amenazándolo todo, ple-tóricos de rencores y de osadías.

¿Cómo no intentar ser barrera para la ola purulenta? Cómo no hacer vibrar el verbo que asemeja a un clarín para llamar a la cruzada libertadora, en medio del egoísmo y cobardía de los unos, de la abyección e ignorancia de los otros!

Uno sólo era el camino para los espíritus fuertes, para los espíritus forjados en el yunque de los heroicos valores, para los que no han doblado las rodillas ante los dioses, ni la cerviz ante los hombres: dejar a los cobardes y a los egoístas en la desolación de sus vilezas, e ir a la lucha, con el corazón rebozante de vida, de ardiente y generoso entusiasmo.

Y, Fiacrán, señor de sus deseos, espíritu fuerte, fué a la lucha, a la lucha que temple y dignifica, con la pequeña porción osada y valerosa que exponía sus nuevos valores, ante el hacinamiento de bastardía que formaban esa democracia prostituida, abyecta y fanatizada.....

* * *

Fué en medio de esa lucha generosa, de ese lirismo heroico por los derechos y reivindicaciones de los desheredados; en medio de ese estremecimiento pasional, que Fiacrán conoció a Soledad.

Blanca, pálida, su hermosura de soñadora estática, la acentuaban sus ojos tristes, tristísimos, llenos de fulguraciones y misterios, coronados por una cabellera negra, formando el conjunto de seducción que impresionó el alma del luchador.

Esos ojos la embellecían con todo el fulgor de su soberbia melancólica; inmovilizados, fijos, iluminando una nariz perfilada y una boca desdeñosa en la que vagaba un gesto perpetuo de desprecio y de distinción, de melancolía y resignación, como si condensase toda la infinita dulzura de su pasado de niña y la tristeza misteriosa de su porvenir de mujer.

Pobre, sencilla, sin atavíos complementarios, su mirada dominadora y triste era el sol de su belleza.

El despotismo encantador de sus maneras hacía contraste llamador de interrogaciones insistentes con la modestia de su vida y de sus hábitos.

Y ese contraste fué un atajo para los miedos adolescentes de Fiacrán.

Su corazón, envejecido por el dolor, era virgen para el amor.

Los saludos y el mensaje tiernísimo de sus miradas fueron las primeras transmisiones de afecto a esa niña que, como una esperanza, se cruzaba en el camino espinoso de su existencia.

Ella dulcificó sus impulsos, sus ideales de humana venturanza. Le hizo comprender que la redención de su sufrimiento estaba en el amor, pendiente de la virtud de esa alma, de esa boca de mujer, que era la claridad que disipaba la sombra, la tristeza de su vida, con femenil perfume.

Y fué después de muchas noches de insomnios desesperantes que trazó la amorosa misiva, como una queja y como una imploración. Todo el sentimentalismo de su alma apasionada, fué comunicado en los vocablos más sentidos de su estilo. Fué como un himno de amor y de dolor: la primera ofrenda en los altares del ídolo.